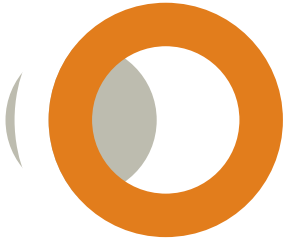


De las Artes



Página anterior:

Detalle de las pinturas en la bóveda de una iglesia del valle de la Solana

MANUEL GARCÍA GUATAS

Es Sobrarbe un territorio de límites geográficos bastante imprecisos. Por el norte se extendería desde la cuenca alta del Alcanadre hasta el Ésera o, en los siglos medievales, desde el monasterio de San Juan de Matidero al de San Victorián. Un poco más definido queda su territorio por el sur, que puede establecerse en los términos de Bárcabo, Naval y Troncedo, o hasta los antiguos monasterios de San Juan de Pano –de confusa historia– y de San Martín de Caballera.

Todavía más indefinida se muestra su personalidad histórica, que aparece como un territorio entre los activos condados de Aragón y Ribagorza. Y eso que desde finales de la Edad Media el emblema heráldico de Sobrarbe –la encina desarraigada coronada por una cruz– pasará de manera indiscutible al cuartel principal y sobre fondo de oro de los cuatro que configuran el escudo de Aragón.

Ya hace tiempo que el historiador José María Lacarra describió esta situación geográfica e histórica de los orígenes de Sobrarbe:

Las tierras comprendidas entre el Ésera y el Cinca estaban más abiertas a la penetración musulmana, por lo que el dominio islámico duró aquí varios siglos. Más al oeste hay una serie de valles de estructura compleja y de agricultura pobrísima, con una persona-



La iglesia de Santa María de Aínsa es quizá la más destacada de Sobrarbe

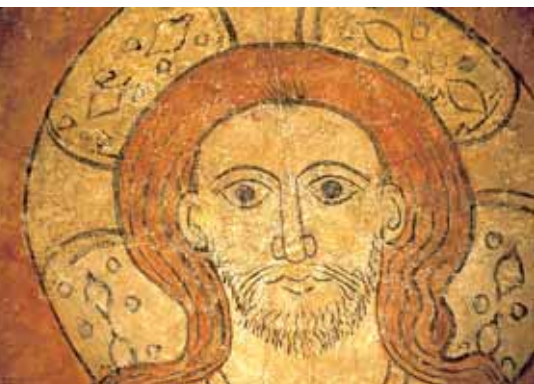
lidad menos definida y de historia más oscura: es el territorio de Sobrarbe propiamente dicho y el del Serrablo que debieron mantener una situación de dependencia pactada con los gobernadores de Huesca. Su historia se va aclarando a partir del siglo X, cuando se incorporan a la monarquía pamplonesa juntamente con el condado de Aragón.

Pero todavía a mediados del siglo XIX se recordaba su personalidad histórica. Cuando Pascual Madoz publicó el Diccionario Geográfico de los pueblos de España, le dedicará (aunque no se trataba de una entidad de población) esta entrada a la voz Sobrarbe: *reino antiguo, en la provincia de Huesca, partido judicial de Boltaña*. Lo incluyó por el recuerdo de su pasado histórico y de su escudo y describe su geografía desde las abruptas sierras de Troncedo, que por el sureste lo separan del Ésera, la de Arbe al sur –de cuyo topónimo afirma procede su nombre–, prolongándose ésta por las sierras de Alquézar y de Sevil y acotando su delimitación hacia el norte por el estrecho y abrupto cauce del Alcanadre hasta su nacimiento.

Anota Madoz pocas líneas más adelante un dato muy preciso del lugar donde [manos anónimas de no se sabe cuándo] habían marcado el territorio por el sur con el símbolo de Sobrarbe:

Bajo la iglesia parroquial de la villa de Naval se conserva un peñasco llamado Peña-Aspada, en el cual se ve una cruz formada a martillo, que designa el límite o mojón de este antiguo estado, y sobre la propia peña se distingue igualmente el escudo de armas, que es la encina con la cruz roja sobre ella, aparecida según tradición al rey Garcí Jiménez en la toma del castillo de Ainsa.

Poco más se ha avanzado hasta ahora en las investigaciones sobre su historia medieval, más próxima a las leyendas que a la realidad de los documentos. Pero se conoce bastante mejor su arte medieval o, mejor dicho, su arquitectura románica, pues nula es la escultura labrada en sus iglesias, muy escasa ha sido la pintura mural que se ha preservado hasta ahora y casuales las tallas de Vírgenes y santos y objetos litúrgicos de época medieval que han llegado a museos y colecciones.



Pantocrator de Villamana. Románico tardío

Sin embargo, podemos afirmar que las construcciones de estilo románico –o sea, de los siglos XI y XII– que se mantienen en pie son los testigos fehacientes de su pasado histórico, es decir, del ser y existir de Sobrarbe, y forman parte activa de sus paisajes más hermosos y humanos, aunque despoblados muchos.

En una primera aproximación a la arquitectura románica en Sobrarbe,

nos encontramos ante dos tipos de edificios: los de uso militar defensivo y los destinados al culto religioso.

Y si seguimos con una visión de conjunto sobre su distribución en este territorio podemos encontrarlos agrupados en cuatro zonas principales: a lo largo del río Cinca (desde Lafortunada hasta Abizanda), en el altiplano del Alto Sobrarbe, en la comarca de La Fueva y en el valle de Vio.

Pero antes de empezar un recorrido por estos venerables edificios medievales, conviene tener presentes algunas consideraciones.

La primera es que son obras protegidas por las leyes del Estado español y de nuestra Comunidad Autónoma. Aunque se hallen en ruinas, los castillos son por sí mismos Bienes de Interés Cultural, mientras que las iglesias románicas necesitan previamente de una incoación de expediente para su declaración legal con tal título, como lo tienen las iglesias de Aínsa, San Martín de Buil, Pano, Toledo de la Nata, Muro de Roda, San Vicente de Labuerda y el Real monasterio de San Victorián.

En su origen los castillos eran propiedad del rey, que encomendaba su ocupación a un señor o tenente, con la obligación de fidelidad y de defender su territorio y con derecho a disfrutar de la explotación de las tierras y derechos que le asignaba.

Sin embargo, las iglesias, el aspecto que trataremos en este capítulo, dependían de los monasterios o de la sede episcopal. La jurisdicción eclesiástica de Sobrarbe se la repartieron durante los siglos medievales los obispados de Roda por un extremo y de Jaca-Huesca por el otro y luego el de la nueva diócesis de Roda-Barbastro, y el monasterio de San Victorián. Del poder territorial de este antiquísimo monasterio da razón el dominio que ejerció incluso fuera de Sobrarbe sobre los prioratos de San Pedro de Tabernas, Urmella y Obarra en territorios del condado de Ribagorza.

Entre las iglesias que dependieron de este monasterio benedictino señala-



Iglesia de San Juan de Toledo

remos que eran las más cercanas de La Fueva como San Lorién, San Juan de Toledo de la Nata, Charo, la de San Miguel en el castillo de Troncedo, (que cambiará su nombre por el de San Victorián), la de Grustán y hasta la de Graus. Pero también eran suyas otras del valle de Benasque como San Martín de Chía, la de Renanué o la de Senz.

Todas las citadas son de estilo románico, la mayoría al modo lombardo, excepto la parroquial de Graus que fue totalmente transformada en el siglo XVII.

La sede de Roda extendió su dominio también por La Fueva donde poseyó las iglesias de Tierrantona, Troncedo, Muro de Roda y la del priorato de San Martín de Caballera, entre Sobrarbe y Ribagorza.

También todas ellas fueron edificadas en estilo románico, de mayores proporciones y aparejo más grande, pero sin la ornamentación lombarda.

Las iglesias

La arquitectura religiosa en Sobrarbe es austera, tanto en el trabajo de albañilería y labra de la piedra, como en el de la decoración escultórica, prácticamente inexistente, excepto en los esquemáticos capiteles de las portadas de las iglesias de Aínsa y de San Vicente de Labuerda y el tosco relieve de un león o perro en el exterior junto al ábside de la de San Lorién.



Capiteles labrados de la portada de la iglesia de Aínsa

Reconstruida totalmente en el siglo XVIII la iglesia del monasterio medieval de San Victorián, sin más restos románicos visibles que un pequeño relieve con la figura de Cristo sedente en una puerta del antiguo claustro, hemos perdido para siempre una valiosa referencia arquitectónica para otras iglesias, dominios próximos del monasterio.

Hasta ahora, que sepamos documentalmente, la iglesia más antigua sería la de los Santos Juan y Pablo de Tella, construida en uno de los paraje más hermosos y mágicos del Pirineo (a más de 1.400 m de altura), con el fondo del circo de montañas de Escuaín. Según la inscripción que guardaba la cajita de reliquias, fue consagrada en el año 1019 por el obispo Borrel de Roda, con asistencia de la condesa Toda de Ribagorza. Es de un ábside sin decoración, con una cripta diminuta bajo éste y la nave abovedada posteriormente.

Muy cerca de Tella se ubica la aldea de Badain en un promontorio en la desembocadura del Irués y el Cinca, cuya iglesia, totalmente transformada en el siglo XVI, conserva visible al interior parte de una pequeña y curiosa planta románica de tres ábsides dispuestos en forma de trébol.

Siguiendo el cauce del río, un poco más abajo podemos acercarnos a la iglesia de San Vicente de Labuerda, que se edificó alejada del pueblo, pero que se le añadió en el siglo XVI un conjunto de edificaciones como la torre campanario, la casa parroquial y un exconjuradero. Es una iglesia esbelta, con alta bóveda de cañón apuntado, ábside con columnitas alrededor de la parte superior y portada con arquivoltas.

El conjunto arquitectónico románico más importante y de mayor empeño constructivo fue el de la antigua colegiata de Santa María de Aínsa con su gran torre y el claustro gótico. Es la imagen artística natural de esta villa medieval y su construcción condicionó la organización urbana del pueblo y de su plaza con soportales a la entrada del mismo.

Es una iglesia con alta bóveda de medio cañón, con ábside y una cripta bajo el presbiterio que fue desenrronada y reconstruida en 1974, recuperándose las seis columnitas con capiteles que dividen su espacio en tres navecillas. La puerta de la iglesia, que da a una de las dos calles principales, tiene cuatro arquivoltas sobre columnas con capiteles labrados escuetamente.

Pero lo más vistoso es la torre-campanario-pórtico adosada a los pies de la iglesia. Tiene cuatro pisos, a los que se sube por escalera construida dentro de los muros; el último es como un belvedere por sus cuatro grandes arcos de medio punto desde donde se dominan los abiertos valles del Cinca y de su afluente el Ara.

Otra torre campanario que se divisa desde ésta de Aínsa es la de Guaso, que aunque no es románica sí lo es su iglesia, junto a la que, como en la de San Vicente de Labuerda, se construyó siglos después en la cúspide del cerro un exconjuradero.

Pocas muestras de iglesias románicas se han conservado en el valle del Ara; pero lo es, y de estilo lombardo, por los arquillos que aún quedan en el ábside la de San Pedro en Lavelilla. Y también se empezó a construir al modo lombardo la de San Miguel en Aguilar, ya más al interior, junto al viejo camino que subía al Alto Sobrarbe por el mesón de Fuebla.

En el altiplano sobre la Valle de Sieste y Boltaña se edificó la pequeña iglesia de Morcat, de tres rústicas naves y sus correspondientes ábsides. Su pila bautismal, labrada con expresivos rostros, medias bolas y formas geométricas medievales, fue trasladada a la parroquial de Arcusa. La de San Salvador, en el cercano pueblo de Castellazo es también románica, con ábside liso y una nave abovedada. Esta solitaria iglesia se edificó en un abrupto collado desde el que se domina uno de los recónditos valles del Alto Sobrarbe. Igualmente románica tardía es la pequeña iglesia de Santa María de Las Bellostas.

Un poco más al sur se encuentra la iglesia de San Martín de Buil. Es una construcción románica hecha en dos fases. De la primitiva son las tres naves, que fueron transformadas en el siglo XVIII en un espacio único, y la torre-pórtico-campanario (románica en sus dos cuerpos inferiores), adosada a los pies de la nave central, con tres puertas en la planta baja y una tribuna en la segunda sobre la iglesia. Los tres ábsides sustituyeron a los originales y se construyeron con una curiosa decoración de arquillos con pilastrillas sobre altos zócalos, que parecen estar inspirados en los de las iglesias del Gállego.

La Fueva, el territorio más abierto de Sobrarbe, estuvo en la Edad Media repartida entre el dominio eclesiástico del monasterio de San Victorián y la mitra de Roda, que dejaron, como hemos visto antes, su influencia artística en la arquitectura de las iglesias de su propiedad.

Una de las construidas a iniciativa del monasterio fue la vecina de San Juan de Toledo de la Nata, retirada entre barrancos, al pie de la sierra Ferrera. Es muy interesante por la planta y forma de su cabecera de tres ábsides dispuestos en forma de trébol y decorados con arquillos, que aparecieron desmontados como relleno sobre las bóvedas de los ábsides durante la restauración de los años ochenta. Esta primera fase más antigua, lombarda, de hacia 1050, se interrumpió al comenzar a construir la nave que se cubrió con bóveda de cañón apuntado y no con tramos de bóvedas de arista, como en el presbiterio, en cuya construcción eran expertos los maestros de obras lombardos.

Siglos después, se decoraron en 1599 la bóveda del presbiterio y los dos ábsides con unas expresivas pinturas murales que representan a cuatro patriarcas bíblicos, vestidos al modo oriental, una poblada escena del Juicio Final con repre-





Iglesia de San Martín, en Santa María de Buil

sentaciones de varios diablos, una imitación de un retablo con cinco santos, y una Virgen del Rosario. Las figuras del Juicio Final son de la misma hechura que las que hay en un ábside de la iglesia de San Mercurial de Vielle-Louron, en el vecino valle francés de Louron, realizadas pocos años antes.

En el extremo meridional de La Fueva se encuentra en un collado encima del pueblo de Palo la ermita de San Clemente, que presenta reunidos todos los elementos decorativos propios de la arquitectura románica lombarda del siglo XI: arquillos y lesenas y sobre ellos una cenefa de esquinillas en el ábside que se continúan en el presbiterio, una ventana cruciforme en el muro de los pies de la nave y el arco de la puerta del muro sur doblado con pequeñas dovelas. Conserva en el ábside fragmentos de una decoración mural muy elemental, pintada en rojo y amarillo con motivos de entrelazo y un cabeza de bicho con formas vegetales.

Ya en el límite de La Fueva con Ribagorza, no lejos del camino que desciende a Graus, encontramos un último ejemplo de tan abundante arquitectura románica lombarda en la ermita, conocida como de San Antón de Pano, pero que corresponde a la iglesia del desaparecido monasterio de San Juan de Pano. A pesar de la rusticidad de su aparejo de mampostería, mimetizado con el terreno de la meseta sobre la que se construyó, y de las pequeñas dimensiones, es una iglesia de tres naves con los ábsides decorados con arquillos, una ventana cruciforme en el muro de los pies y el arco doblado en una de sus tres puertas.

Románicas son también las iglesias de San Gaudioso de Fosado, San Martín de Charo, la de Tierrantona y de Pallaruelo de Monclús y los ábsides de las de Ara-

guás y Rañín, remodelada ésta en el siglo XVI, y los que se descubrieron en reciente restauraciones en las iglesias de Torrelisa y Foradada.

El valle de Vio nos ofrece, se entre por donde se entre, las más hermosas vistas paisajísticas del Pirineo, que son el entorno natural de sus iglesias románicas.

Debió haber una en cada pueblo, de las que se han conservado cinco y restos de los muros de otras dos en las de la antigua colegiata de Fanlo y en la de Buerba, que fueron transformadas en el siglo XVII.

La más importante a la entrada del valle por el sur es la de San Vicente en Vio. Es la única que tiene una decoración lombarda de once arquillos ciegos sobre pequeñas ménsulas, labrada una de ellas con un tosco rostro, y sobre la arquería, el consabido friso de dientes de sierra. La nave se cubrió con bóveda ligeramente apuntada.

Pero lo más interesante artísticamente es la decoración pictórica mural, de estilo románico-gótico del siglo XIII, que cubría el ábside, que en 1976 fue arrancada, restaurada e instalada en el museo diocesano de Barbastro. Una copia reciente decora de nuevo este ábside.

En la bóveda se representó al Pantocrátor (Cristo sedente en el trono) rodeado de los símbolos de los cuatro Evangelistas, y en la parte inferior, las escenas de



En Tella la ermita románica, emplazada al pie de una cresta, queda empequeñecida por la grandiosidad del escenario



La iglesia de Otal, en el extremo occidental de la comarca, exhibe la altivez de su torre y la geometría de su ábside entre las ruinas del caserío despoblado

la Epifanía y de uno de los martirios de San Vicente en el suplicio de la rueda. En el arco del presbiterio pintaron figuras alusivas a la resurrección de los muertos por ángeles tocando trompas y al Juicio Final con San Miguel pesando almas y Ancianos del Apocalipsis.

Románicas son las iglesias de San Miguel de Sercué, alejada del pueblo, en un bellissimo emplazamiento sobre la confluencia de los ríos Bellos y Aso, la de San Andrés de Nerín y la de la Virgen del Castillo, en ruinas en la ladera sobre el pueblo, y la de San Juan de Buisán, que parece la más tardía.

Al sur del valle de Vio, cerca del camino a Boltaña, se encuentra el pueblecito de Morillo de Sampietro con su iglesia de San Lorenzo que es románica, de sencilla construcción. Al interior del presbiterio se conservan bajo repintes posteriores restos de la decoración pictórica mural de estilo gótico. Son visibles por ahora un tosco elefante inscrito en un círculo y parte de una escena con figuras, separada por policromas cenefas geométricas.

Una muestra más –la de estas iglesias en tan inaccesibles valles– de hasta donde llegó y perduró el arte románico con su arquitectura ensamblada con tal armonía con sus entornos naturales y con los construidos por el hombre.